

Una voz de alerta. La aventura americana de ayer y la conciencia española de hoy

José María ÁLVAREZ ROMERO

Entre la producción americanista reciente ocupa un lugar de excepción una obra del profesor Sánchez-Barba¹ sobre la dimensión intelectual de la empresa española en América; «la fundación de América» según la concepción y terminología del autor. Su interés desborda el tema tratado y toca fibras sensibles y permanentes de nuestro quehacer histórico.

Estudia el tiempo en que la empresa se llevó a cabo. El siglo xvi, «la centuria española» en la que España desempeñó un papel prioritario, no sólo como potencia mundial, lo que le acarreó la prevención y la enemistad de otras naciones europeas al convertirse en potencia hegemónica con las secuelas de la leyenda negra, sino por su expansión creadora en el ámbito del nuevo continente.

Pasa revista a los protagonistas y penetra en sus últimas motivaciones, la formación humanista, la obra que realizaron y la huella que dejaron. Cronológicamente pertenecen a dos generaciones. La «generación finisecular» del siglo xv —1480/1505— recoge el legado científico, político e intelectual del siglo y la «generación primiceria» del siglo xvi —1505/1530— transmisora de los saberes, problemas y soluciones de y para los Reinos de España. La experiencia de los Reyes Católicos y de sus inmediatos sucesores, a la vez integradora y respetuosa de las particularidades de sus reinos, pasó a América y originó una sociedad basada en la más singular relación de valores éticos y culturales de la historia de la expansión europea. Para el historiador Richard Mackenney, «la llamada *tiranía española* fue la más autointerrogativa y más conscientemente defensora de

¹ HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario. «La época dorada de América. Pensamiento, política, mentalidades». Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, 140 pp.

los intereses de Europa y ultramar que el imperialismo de las soberanías unitarias que acabaron por desbancar el poder español. La “desmañada, Monarquía de los Reinos hispanos” puede ser saludada como uno de los más logrados experimentos federalistas de Europa.»

Es en la dimensión intelectual donde la empresa española encontró su máxima coherencia, singularidad y firmeza. No fueron las armas, sino el humanismo cultural el elemento fundamental, el hilo conductor y la savia vivificadora de la aventura americana. Los intelectuales españoles superaron las «*humanae literae*» clásicas, y enfrentados a una realidad nueva y a una misión, a la vez inmediata y trascendente, elaboraron un pensamiento propio que se situó en la vanguardia de la modernidad. Ginés de Sepúlveda, en *Del Reino y los deberes del Rey* (1563), considera ya al monarca, en el tiempo de los soberanos absolutos, como el primer ciudadano cuya principal misión es asegurar el bien común y proporcionar la felicidad a sus súbditos.

Quizás el título de la obra, *La Época dorada de América*, no da idea cabal del contenido. No trata del esplendor o bruñido externo de ese período, sino de la radical consistencia de los materiales que lo conforman. Época más que dorada, de oro de ley, de contenidos plenos materiales e intelectuales; de valores y realizaciones difícilmente superables. Libro de no fácil, aunque de obligada lectura, por la densidad de los razonamientos, la riqueza de los enfoques y la solidez del cimiento documental que lo apoyan. El profesor Sánchez-Barba utiliza el pensamiento y maneja las categorías abstractas como agudo bisturí para penetrar en la dinámica de los procesos históricos, descifrar el porqué de las conductas humanas y aclarar la complejidad de los factores culturales. Libro valiente y sin concesiones donde con rigor científico perfila líneas maestras del ser y del quehacer nacional. Los temas que ocupan sus páginas me eran cercanos y familiares; a ellos he dedicado buena parte de mi trayectoria intelectual y profesional e incluso he recorrido, *in situ*, sus varios escenarios. Su lectura, sin embargo, actuó en mí como un aldabonazo y me despertó un haz de reflejos, sentimientos, vibraciones y valoraciones. Se hacía realidad viva el ejemplo y el mensaje que el historiador Juan Pérez de Tudela, recientemente ido, nos ha dejado: «La historia como los mediterráneos se nos ofrecen a todos no sólo como propuestas a desvelar sino para movilizar nuestras capacidades e inquietudes espirituales».

Puede que hoy estemos atravesando una de las encrucijadas más peligrosas de nuestra historia. A principios del siglo pasado Menéndez Pidal advirtió —en el prólogo de su magna *Historia de España*— la doble tensión, que, como una

espada de Damocles, amenaza y acompaña el devenir de España, entre el sentido de la unidad y la tendencia a la disgregación. Y en este segundo tobogán nos hayamos embarcados con destino posible a la nada o al precipicio. Están en tela de juicio o en pública almoneda valores y realidades sustanciales: la noción de patriotismo, el concepto de nación, la unidad de la lengua, la existencia misma y el nombre propio de España omitido o pronunciado con rubor y con vergüenza. Con verdad se ha escrito que «estamos asistiendo de nuevo a ese terrible adanismo de los españoles que, de tiempo en tiempo, deciden abolir la historia, cambiar el presente y comenzar a construir el país como si nada se hubiera hecho hasta ahora, sin darnos cuenta de que esa ruptura de la continuidad ha sido una de las causas de nuestra infecundidad en los tiempos modernos».

¿Es el retorno al origen de la oscuridad desnuda?, ¿la vuelta a empezar al cabo de una singladura milenaria? O, más contemporáneamente, ¿se quiere arrojar por la borda los logros de un progreso económico-social sostenido desde los años sesenta de la pasada centuria y de un período de estabilidad política, casi sin precedentes, signado por la Constitución pactada de 1978, que ha transformado materialmente el país y le ha colocado en el pelotón de cabeza de los más avanzados de Occidente?

Ante la sorpresa generalizada, la indiferencia de algunos y la indignación de los más, se han encendido las luces rojas y suenan con insistencia señales de alarma. Olegario Fernández de Cardedal, desde la atalaya del pensamiento filosófico y teológico, se pregunta: «¿Cuáles son las inversiones de la realidad hispánica subyacentes a esa cultura aliada de un poder político o que un poder político tiene a su servicio?». Y responde: «El tránsito de una España comprendida en categorías de unidad convergente a otra España comprendida en categorías de independencia. El tránsito de una situación cultural en la que la Iglesia Católica tiene una importancia decisiva en múltiples órdenes a otra en que deje de cumplir ese papel, al margen de la historia anterior y de la identificación mayoritaria de los españoles». Y ahondando explica: «Asistimos al nacimiento de los pluralismos salvajes, de los multiculturalismos de mera agregación, de los politeísmos beligerantes. La obsesión es destotalizar, descentralizar, diferenciar, hasta dejar en silencio lo unificador de lo humano y comunicante debajo de las diferencias».

El escritor Francisco Umbral recoge el sentir de la calle, y en roman paladino anuncia y denuncia: «Hay una conjura, una confluencia de muchas manos, tantas manos como hojas que enrojecen ahora en otoño. Y esas manos están des-

armando la historia de España y dejando manos arriba la realidad española. Nos quieren quitar España. Tras el aparato burocrático y contable de gobierno palpiata la red de los pactos con voluntad de anular España como nación, bien por intereses localistas, bien por fanatismos políticos». El Presidente de la Real Academia de la Historia, Gonzalo Anes, y el historiador Vicente Palacio Atard, con rigor académico señalan: «En la actualidad estamos viviendo la mayor crisis del concepto de España a lo largo de estos 2.200 años; desde que hace 22 siglos los romanos decidieron bautizar con el nombre de Hispania esta realidad humana, geográfica y cultural». «No se acaba de entender —cuestiona Ignacio Sánchez Cámara— que sea España el único país de la Unión Europea, y aun del Occidente democrático, empeñado en la faena de la desvertebración, de la ruptura, de la solidaridad y la cohesión entre sus tierras y sus hombres, y en el replanteamiento de su entramado institucional».

En el ámbito universitario, Serafín Fanjul explicita que «la actual idealización de Al-Andalus es parte de la «autodestrucción ideológica» de España cuyos aspectos más notorios son: la contraposición hostil, agresiva y victimista de algunas comunidades regionales frente a la noción genérica de España; la condena ciega y en bloque de la colonización americana y la resurrección de un Al-Andalus utópico. En los últimos años, el mito de la convivencia pacífica de las tres lenguas, tres culturas y tres religiones, en monótono *ritornello* viene siendo manejado de una manera sectaria, rutinaria y tópica hasta el hastío por gentes cuyo conocimiento de esa realidad es dudoso». Muestra de esta deformación —en el campo que nos ocupa— es la explicación unilateral del fenómeno hispanoamericano del mestizaje, por los antecedentes multiculturales medievales, presentándolo en contradicción y oposición a la mentalidad y actitudes de los españoles, de los siglos universales, XVI y XVII, que lo abrieron y practicaron, e ideológicamente lo justificaron y proclamaron.

Viscerales ajustes de cuentas de política inmediata, de espaldas a la verdad y a la equidad, han allanado e invadido el campo de la historia. La inflación de gestas y glorias históricas —unidad nacional, imperio, conquista y colonización del nuevo mundo— practicada en el franquismo se utiliza como justificación de una salvaje devaluación que deja en los huesos, malformadas e irreconocibles, partes sustantivas del pasado. Sobre un episodio cercano y todavía en carne viva, en nuestra guerra civil, por efecto de esa espasmódica sacudida pendular y por el mismo instinto revanchista, los vencedores aparecen siempre injustos, vengativos y corruptos, mientras que la justicia, la razón y la solidaridad se coloca toda y sola en el bando de los vencidos.

El profesor Sánchez-Barba, ante este estado de cosas y de ánimo, sugiere «abrir la cortina de la timidez española para entrar en el campo de la aventura intelectual de América que por extraordinaria no es menos real». Despojémonos —añadimos nosotros— de los complejos que nos nublan la visión, ante la escueta e impresionante enumeración de los hechos tal como fueron y leemos en la página 14 de su libro: «España fue la única actora de la colonización americana y el descubrimiento del Nuevo Mundo. Fundadora del primer Estado moderno consagrado a procurar a sus habitantes el bien común. Diseñadora de una sociedad con vocación de asimilación antropológica. Asentadora de ciudades en las que aparecen, por vez primera, las formas de vida occidental. Creadora de Universidades y de una red educativa a todos los niveles. Autora de la mayor empresa evangelizadora de la cristiandad. Asentó las bases de la primera economía abierta a los dos lados del Atlántico. Validó una cultura de gran contenido y originalidad surgida del contacto entre las culturas aborígenes y la cultura ibérica; cultura que trasciende a las siguientes generaciones y marca desde los comienzos la personalidad de Hispanoamérica en el Mundo».

¿Dónde está el secreto, cuál fue el motor que hizo posible semejantes resultados, partiendo de una situación de extremada debilidad y división tan sólo cincuenta años antes, a mediados del siglo xv? El autor lo explica con una consideración que es algo así como el «principio y fundamento» de los ejercicios de Ignacio de Loyola, aplicada al campo de la historia y válida para todos los tiempos: «Lo que hicieron los españoles de los siglos xv y xvi en América constituye un paradigma de lo que puede llegar a conseguir una comunidad cuando se siente trascendida por verdaderos ideales políticos y religiosos». Móviles políticos y religiosos y sentimiento de pertenencia a una comunidad, he ahí la clave y el secreto de tales logros.

Trascendida de esos valores, la monarquía española llevó a cabo la conexión de la realidad americana y española, tan distintas en lo antropológico y en lo cultural, por tres vías convergentes. El proceso institucionalizador, que no simple burocrático. El proceso urbanizador que acarreó un cambio decisivo en la organización y estructura demográfica y social; y el proceso legislador. Instituciones, ciudades y leyes son las tres columnas sobre las que se edifica la construcción española en América. Junto a ellas, el despliegue de una misión religiosa que Robert Ricard denominó «conquista espiritual» y Pedro Borges, más recientemente, la caracteriza como «civilizadora».

Hernán Cortés es el paradigma humano del trasvase institucional e intelectual trasatlántico. Reúne en su persona —en cuanto representante del Rey— la idea

de autoridad y, al mismo tiempo, como primer gobernante, un sentido acusado de la convivencia. La conquista fue para él un medio; la finalidad, la creación de un país que hoy es México. El sentido integrador y de igualdad entre el Reino de España y el de la Nueva España aparece claro en sus «Cartas de Relación». La vertiente organizadora de la vida cotidiana y de la convivencia la desarrolla en las «Ordenanzas». En ellas hay un reflejo de la democracia municipalista de los Reyes Católicos y un conocimiento, valoración y comprensión de lo autóctono mexicano, para perfeccionar el gobierno.

Paralelamente, la cultura humanista española se enraiza en el tronco americano por varios cauces. A través de una vertiente idiomática y filológica; de una mentalidad política propia; de un pensamiento jurídico y normativo; de un clasicismo literario; de una tensión histórica abierta hacia el futuro. Culmina a fines del siglo XVI con la creación de la moderna. Antropología cultural y la explicación de América según una específica Filosofía de la Historia.

El autor sigue paso a paso el curso de cada una de esas corrientes. La vertiente idiomática y filológica, de acusada personalidad, presente desde el inicio, llega hasta nuestros días. Elio Antonio de Nebrija, apoyado en la amplitud de los saberes jurídicos, lexicográficos, cosmográficos e históricos, y empapado de un sentido de nacionalismo patriótico, publica en 1492, el año del descubrimiento, la *Gramática de la Lengua Castellana*; con ella da las normas para garantizar la unidad del idioma y lograr la fluencia comunicacional, superadora de la enorme diversidad lingüística continental. Alvar y Lapesa, entre otros, han puesto de manifiesto la influencia de la lengua en la cohesión y configuración de la mentalidad americana. La unidad y riqueza lingüística, al extenderse por América, forjó en buena parte y aseguró, además, el proyecto político.

Francisco de Vitoria y Juan Luis Vives delinean el pensamiento político. Vitoria, fundador del Derecho Internacional, asienta definitivamente los inalienables derechos del hombre americano y los justos títulos del dominio de España. Lo hace no en base a los principios medievales de las bulas pontificias acerca de los derechos oceánicos de los reyes de España y Portugal, sino sobre el moderno principio universal, que él mismo define, del «derecho de gentes» anterior y superior al propio derecho de propiedad. Sobre estos principios elabora una doctrina jurídica del Estado, inspirada en una radical instancia ética.

Juan Luis Vives, «quizá el más grande humanista de la España renacentista», enriquecido con el bagaje universitario de París, Lovaina, Oxford, Brujas y Sala-

manca diseña las cualidades que deben adornar al verdadero humanista y proporciona una visión historiográfica a la conquista. El descubrimiento constituye, antes de nada, una experiencia que tiene dos vías de manifestación; por una parte, la aparición de una masa de información y, por otra, la necesidad de explicarla para conducir al conocimiento de la realidad. En la dedicatoria de *Disciplinis* (1531) al Papa Juan III lo dice claramente: «Nos han descubierto rutas del cielo y del mar nunca conocidas hasta ahora, ni siquiera de oídas; verdaderamente se ha abierto el género humano al orbe».

Lebrija, Burgos y Valencia-Nebrija, Vitoria y Vives abiertos al Nuevo Mundo fueron los lugares de nacimiento de los fundadores intelectuales del humanismo español, modelador del «ser» y de la «convivencia» americana.

El pensamiento y la normativa jurídica dieron soporte a la empresa. Castilla fue el reino medieval donde el derecho adquirió mayor raigambre. Esa densa tradición jurídica atraviesa el Océano y adquiere una peculiaridad americana, en el Derecho Indiano de creciente importancia durante el proceso colonial y vigente hasta las independencias, a principios del siglo XIX. A través de las primeras normas jurídicas-Leyes de Burgos, 1512, Leyes de Valladolid, 1513, los nativos americanos adquieren la condición de súbditos de la Corona, no de vasallos de índole feudalizante, en igualdad con los súbditos españoles. «Las Nuevas Ordenanzas de población y descubrimiento», en 1573, dieron definitiva estructura orgánica a los territorios americanos, mediante el reconocimiento de la autonomía legislativa indiana, dentro del Estado monárquico, integrador. Crearon un orden «nuevo», como indica su mismo título; un sistema de relación entre los dos mundos, y al cabo propiciaron la implantación de un entramado y una entidad jurídica-social propia. Felipe II, en cuyo reinado se dictaron las «Nuevas Ordenanzas», dio un especial impulso a la aplicación, en los Reinos americanos, del pensamiento jurídico español.

Sobre esas bases discurre una serie de obras, memoriales y escritos.

Destaca Juan de Matienzo, el jurista más importante de América durante el siglo XVI. En *El Gobierno del Perú* (1567) proclama el predominio absoluto de las leyes sobre los intereses de las personas y de los grupos. El respeto de las Leyes deberá ser la norma sustantiva de la convivencia americana. Matienzo abre una fecunda cadena de tratadistas. Alcanza la plenitud, en el siglo XVII, con el madrileño Juan Solórzano Pereyra, quien en *Política Indiana* (1647) estudia las instituciones recién implantadas y el equilibrio que debe regir en ellas entre los prin-

cipios del Derecho Romano, las disposiciones de la nueva legislación y la realidad indiana.

La expresión literaria es otro vector clave de la expansión humanista española. Así como en las demás literaturas la máxima valoración tiene un sentido estético, en la expresión literaria hispanoamericana predomina la preocupación social y cultural. Tienen la categoría de clásicos, el español de Granada Jiménez de Quesada y el peruano de Cuzco, Gómez Suárez de Figueroa, más conocido como el Inca Garcilaso de la Vega. El capitán español de la conquista de Nueva Granada, y fundador de Bogotá, murió en Colombia; el Inca peruano, historiador y escritor, murió en España. Jiménez de Quesada, autor de obras de importancia capital, escribe en 1567, para refutar los conceptos vertidos por el obispo Paulo Giovio, que consideraba injuriosos para el emperador Carlos V, el *Antijovio*, obra de transmisión tripartita entre los estilos gótico-renacentista del siglo xv, el humanismo clásico del Renacimiento y las ideas que cristalizan en el siglo xvii. Descubre en el contraste entre Europa y América un hontanar rico de formas y contactos donde germinará el barroco. Del *Antijovio* se ha dicho que es «la primera obra clásica de Hispanoamérica». Con Quesada nace el conceptismo literario —practicado luego por los grandes escritores españoles— y pone las bases del Barroco, el estilo americano por excelencia.

El Inca Garcilaso, de condición ilegítima, mestizo nacido en América y formado en la cultura española, siente en sus carnes la necesidad de encontrar las señales de identidad de sus dos ancestros. Desde su experiencia personal indaga el sentido de la historia y descubre e interpreta la acción civilizadora del imperio incaico, reposado en la cordillera andina, como prólogo y preparación de la evangelización cristiana y del imperio español. El genial mestizo acopia testimonios, reúne datos, rectifica a los cronistas; estudia y explora con pasión y detenimiento los rasgos del mundo indígena. Los «Comentarios Reales» son la versión más autorizada del incanato peruano. Libro autobiográfico, es el envés de *La Araucana* chilena. Alonso de Ercilla hace la apología de lo autóctono; el inca peruano exalta la pujanza y el heroísmo de los españoles, si bien su voz vibra de angustia al sentirse identificado con la derrota de los indígenas. Si Quesada renuncia el Barroco americano, el inca Garcilaso testimonia el clasicismo hispanoamericano del mestizaje.

El inca mestizo rubrica su vida y su obra en Córdoba. Con los materiales recogidos en América —rodeado de discípulos y comentaristas— redacta los *Comentarios Reales* y convierte aquella ciudad andaluza en lugar privilegiado

donde se fragua un fecundo proceso de aculturación y receptividad —literario y de pensamiento— entre los dos mundos, indígena e hispano. Al llegar aquí, sin querer, el pensamiento se nos va y vuela siglos atrás hacia la también ciudad española de Toledo, a la corte de traductores de los saberes de la época, reunidos en torno a la figura de Alfonso el Sabio, y más atrás aún a Sevilla, donde Isidoro, en el alba de la Edad Media, arroja luz y salva el tesoro del mundo clásico grecorromano del desplome producido por la invasión de los bárbaros.

El descubrimiento de la tierra desconocida y del hombre nuevo alumbra, paralelamente a la expresión literaria, una novísima vertiente historiográfica de doble función, transmisora de las experiencias vividas o incorporadas y creadora de una concepción singular de la historia. La signan Gonzalo Fernández de Oviedo y Francisco López de Gómara. A Gonzalo Fernández de Oviedo le interesa la verdad que él mismo ve y vive, pero supera la condición de cronista, pie a tierra, y alcanza la de historiador del emergente nuevo mundo americano y sobre todo de la acción española. Su obra, recogida en el *Sumario de la Natural Historia de las Indias* (1529) y en la *Historia General Natural de las Indias* (1535-1557), gira en torno a la verdad histórica, es decir, a la experiencia vivida. Critica el saber libresco —«sin sustancia de vida»— y se dirige a los españoles con la intención de crearles una conciencia comunitaria con los naturales del otro lado del mar.

Francisco López de Gómara, autor de la *Historia General de las Indias* sigue la huella marcada por Luis Vives e intelectualiza la historia. Se adhiere a la tesis de que la «experiencia» constituye la fuente de la verdad histórica y sin haber pisado América recibe, directamente, la formidable experiencia americana de Hernán Cortés. El conquistador, durante sus últimos años en España, reunió en Madrid un cenáculo de intelectuales, verdadero foco de irradiación de saberes y experiencias. En él participaron, entre otros, el nuncio Cardenal Poggio, Pedro de Navarra, los hermanos Peralta, Juan Ginés de Sepúlveda —enfrentado dialécticamente a Las Casas—, Cervantes de Salazar —admirador y autor de una oda a Cortés— y el propio López de Gómara; instalados en el más puro espíritu humanista y de aspiración a la fama establecieron un diálogo permanente con el ánimo de asegurar la pervivencia, más allá de la muerte, a las ideas y a los hechos que vivieron.

La obra de López de Gómara, junto con la *Historia* de Fernández de Oviedo, las *Cartas de Relación*, de Hernán Cortés, y el *Orbo Novo*, de Ginés de Sepúlveda, constituyen un frente intelectual que da expresión histórica a la Monar-

quía Universal española ante la aparición del Nuevo Mundo. Parten del paradigma creado por los Reyes Católicos y alcanza la máxima expresión política en Felipe II. Contrastan los éxitos conseguidos en América con los contratiempos políticos y religiosos acaecidos en Europa.

Culminan la aventura intelectual dos innovadoras disciplinas: la Antropología cultural y la Filosofía de la Historia. El maestro de indigenistas, el mexicano León Portilla, explica el nacimiento de la Antropología. «Habrá quienes piensan que la Antropología nació en las universidades de los Estados Unidos o de algún país del norte de Europa. Eso dicen algunos manuales que tratan de Antropología. Yo sostengo que esta forma de saber la diseñó mucho antes un fraile español en el siglo XVI, el franciscano Bernardino de Sahagún. En la Nueva España asimiló el “nahuatl” o mexicano y para evangelizar penetró en los estratos más profundos de la cultura y vida indígena. Enseñó a los indios, investigó sobre las muestras arqueológicas y concibió un proyecto que implicaba a sabios y ancianos. Las conversaciones discurrían conforme a una minuta o cuestionario preparada de antemano para inquirir sistemáticamente las cosas naturales, humanas y divinas».

Los jóvenes de Tlatelolco copiaron a Sahagún en grandes folios las pinturas y caracteres «glíficos» que hoy llamamos códices, al margen en «nahutl» y en latín los comentarios de los autóctonos. Manejó una gigantesca serie de documentos y en Tlatelolco redactó la monumental *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, en nahuatl, y traducida. Es la primera investigación de Antropología integral; según un método plenamente científico. El resultado: el conocimiento total de una cultura, en contacto directo con los testimonios, a través de sus protagonistas, en un momento de cambio político y social. «Si la conquista —afirma el autor— hizo inevitable la destrucción de Tenochtitlan, debida a la heroica defensa de los aborígenes, Sahagún hizo posible el conocimiento de la civilización en su conjunto».

El círculo de identificación intelectual de la realidad americana se completa con una valoración global a través de la Filosofía de la Historia. La llevó a cabo José de Acosta en *La Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). El mexicano Edmundo O'Gorman, en 1962 ha destacado los valores filosóficos e intelectuales y el sólido fundamento científico de esta concepción integral del mundo americano. Acosta integra América en la Historia Universal y analiza el descubrimiento y la conquista con análoga perspectiva a la de San Agustín, cuando interpreta la caída del imperio romano y la irrupción de los pueblos germanos. Vincula la historia natural y la historia moral; el hombre, la tierra y la cultura nativa

con las mismas motivaciones del mundo, la tierra y el hombre español a la Monarquía Universal española. El autor concluye: «Tengo para mí, en mi propia concepción historiográfica del mundo americano que la *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590), en pleno reinado filipino, significa el cierre y el broche del descubrimiento intelectual del Nuevo Mundo».

A través de los capítulos del libro recorreremos, paso a paso, la ruta empinada que hicieron los españoles en la aventura seguramente más arriesgada de su historia. Hechos extraordinarios y una pléyade de personalidades humanas —en número y talla excepcionales— discurren a lo largo de dos generaciones y se comportan con la naturalidad del deber cumplido y la firmeza de una misión voluntariamente aceptada. No es casual que el siglo siguiente al de la aventura descubridora y conquistadora, el xvii, sea el siglo de la plenitud del Barroco americano. Sólo un estilo rompedor de los moldes normales y los cánones clásicos sería capaz de abarcar y expresar artísticamente la riqueza y exuberancia de aquella galaxia. A esta luz la empresa americana, en su vertiente intelectual, aparece como una alta cordillera perfilada de logros éticos, políticos, jurídicos y humanos, y en el envés de los acontecimientos cotidianos, surcada transversalmente —lo han puesto de manifiesto negras leyendas y hechos y conductas reales— por valles, y simas de injusticias, heroísmos, crueldades y violencias desatadas al viento huracanado de la conquista.

Luces y sombras. Contrapuestas valoraciones, percepciones y matizaciones están condicionadas por las distintas ópticas, épocas, planteamientos o intereses en juego. La realidad es que la aventura del Nuevo Mundo en su conjunto continúa gravitando, hoy como ayer, en nuestro país; en la percepción que de él se tiene en el exterior y, sobre todo, en su peso específico, nacional e internacional. El analista Manuel Lucena Giraldo lo ha visto con penetración y perspectiva: «La imagen de España se encuentra atrapada, en el exterior, entre dos extremos incompatibles entre sí. Por la Carmen romántica, premoderna y antipitalista y por los conquistadores, protagonistas de la conquista americana y de las guerras imperiales, poderosos, prepotentes y avasalladores. Los conquistadores representan mejor la normalización política y económica de España a partir de 1975, así como el componente estratégico de nuestras relaciones con América, tanto la del Norte, como la del Sur.»

Adquiere, hoy en día, plena actualidad la llamada que Rafael Altamira —pionero del americanismo y miembro destacado de la Institución Libre de Enseñan-

za— hizo a los españoles ahora hace cien años²: «Es esencial restaurar el crédito de la historia para devolver al pueblo español la fe en su misión, en sus cualidades, y aprovechar todos los elementos útiles que ofrece nuestra conducta de otros tiempos para afirmar su auténtico genio y carácter». Y en tiempo de turbación, cuando se adensan en el horizonte de la patria nubes de contusión, de inconsciencia y desmemoria, conviene meditar seriamente la advertencia del historiador John Lewis Gaddis³, pues lleva directamente al blanco: «Para una sociedad sana y completamente desarrollada una conciencia histórica colectiva es un requisito tan indispensable como el equilibrio ecológico lo es para un bosque y un planeta sano». El libro del profesor Sánchez-Barba que comentamos tiene la virtualidad, añadida a su excelencia científica, de despertar con claridad, y en el momento oportuno, la conciencia histórica española.

² ALTAMIRA, Rafael. *Psicología del pueblo español*, Barcelona, Antonio López Ed., 1902. Reeditado en 1977, en Madrid, por Biblioteca Nueva.

³ GADDIS, John Lewis. *El Paisaje de la Historia*, Barcelona, Anagrama, 2004, 146 pp.